

un buen tirón de orejas como á cualquier mal escolar.

Al oír esta amenaza, y viendo ya el brazo de Lucifer extendido hacia él, Spinello se llevó la mano á la cabeza y empezó á dar alaridos de espanto.

Su buena mujer despertó sobresaltada, y le preguntó qué le sucedía. Castañeteando los dientes, le respondió que acababa de ver á Lucifer y que había temblado por sus orejas.

—Ya te había dicho yo—le respondió la buena persona—que todas esas figuras que te obtenabas en pintar sobre los muros acabarían por volverte loco.

—No estoy loco—dijo el pintor—. Le he visto, y por cierto que es hermoso, aunque triste y hosco. Mañana borraré la figura horrible que he pintado, y pondré en su lugar la que he visto soñando. Pues conviene no hacer agravio ni siquiera al diablo.

—Procura dormir—replicó la mujer—. Hablas de un modo insensato y poco cristiano.

Spinello intentó levantarse; pero faltándole las fuerzas, recayó sobre la almohada sin conocimiento. Durante algunos días languideció, víctima de la fiebre, y luego murió.



A Mademoiselle Maria Finaly.

IV

LOS PANES NEGROS

*Tu tibi divitias stolidissime congeris amplas.
Negasque micam pauperi.
Advenit ecce dies qua saevius ignibus ardens
Rogabis aquae guttulam.*

(Navis stultifere 1507, f^o XIX.)

En aquella época Nicolás Nerli era banquero en la noble ciudad de Florencia. Cuando sonaba la tercia estaba sentado ante su pupitre, y cuando sonaba la nona, aún seguía sentado, trazando durante todo el día cifras en sus tabletas. Prestaba dinero al Emperador y al Papa. Y si no prestaba al diablo, es porque temía hacer malos negocios con el llamado maligno, que abunda en picardías. Nicolás Nerli era audaz y desconfiado. Había adquirido grandes riquezas y despojado á mucha gente. Vivía en un palacio donde la luz que Dios creó sólo entraba por estrechas ventanas; y esto era prudencia, pues la morada del

rico debe de ser como una ciudadela, y los que poseen grandes bienes hacen bien en defender por la fuerza lo que ganaron por el engaño.

Pues bien; el palacio de Nicolás Nerli estaba provisto de cerrojos y cadenas. En el interior, los muros estaban pintados por hábiles obreros, que habían representado á las Virtudes bajo la apariencia de mujeres, á los patriarcas, á los profetas y á los reyes de Israel. Los tapices tendidos en las habitaciones ofrecían á los ojos las historias de Alejandro y de Tristán, tales como se cuentan en las novelas. Nicolás Nerli hacía resplandecer su riqueza en la ciudad por medio de fundaciones piadosas. Había erigido extramuros un hospital, cuyo friso, esculpido y pintado, representaba las acciones más honrosas de su vida. En reconocimiento de las cantidades que había ofrecido para terminar las obras de Santa María-Novella, su retrato destacaba en el coro de esta iglesia. En él se le veía arrodillado, cruzando las manos al pie de la Santísima Virgen. Y se le reconocía por su gorra de lana roja, por su rostro envuelto en grasa amarilla, por sus ojillos vivaces. Su buena esposa, Mona Bismantova, de aire honesto y triste, tal que nadie podría decir haber recibido de ella alguna merced, estaba al otro lado de la Virgen, en la humilde actitud de quien ora. Este hombre era uno de los primeros ciudadanos de la República: como nunca había hablado

mal de las leyes, y no se preocupaba absolutamente de los pobres ni de los que las autoridades del día condenaban á multa ó á destierro, nada había disminuído en la opinión de los magistrados la estima que ante sus ojos había adquirido por su gran riqueza.

Al volver á su palacio una noche de invierno, más tarde que de costumbre, fué rodeado en el dintel de la puerta por una turba de mendigos medio desnudos, que le tendían la mano.

Los rechazó con duras frases. Pero el hambre los hacía huraños y atrevidos como lobos. Formando círculo á su alrededor, pedíanle pan con voz ronca y plañidera. Ya se inclinaba para coger piedras y arrojarlas á la turba, cuando vió á un criado que traía en la cabeza un cesto de panes negros, destinados á los mozos de la cuadra, de la cocina y de los jardines.

Haciendo un signo para que se le acercase el criado, metió las manos en el cesto y arrojó puñados de panes á los miserables. Luego entró en su casa, se acostó y durmió. Durante el sueño fué atacado de apoplejía, y murió tan súbitamente, que aún se creía en su lecho, cuando vió en un lugar «mudo de luz» á San Miguel, iluminado con un resplandor que brotaba de su cuerpo.

El Arcángel, con las balanzas en la mano, cargaba los platillos. Reconociendo en el lado más pesado las joyas de las viudas que conservaba en

calidad de préstamo, la muchedumbre de escudos que indebidamente había retenido, y ciertas monedas de oro muy hermosas que él solo poseía, logradas por usura ó por fraude, Nicolás Nerli advirtió que era su propia vida lo que San Miguel pesaba en este momento ante sus ojos. Inmediatamente se volvió atento y meticoloso:

—Messer San Miguel—dijo—, si en un lado ponéis todas las ganancias de mi vida, hacedme el favor (si os parece bien) de colocar en el otro las hermosas fundaciones con que he traducido magníficamente mi piedad. No olvidéis ni la cúpula de Santa María Novella, para la que he contribuido con más de un tercio, ni mi hospital extramuros que he construido sólo con mis dineros.

—No tengáis cuidado, Nicolás Nerli—respondió el Arcángel—. No olvidaré nada.

Y con sus manos gloriosas puso en el platillo más ligero la cúpula de Santa María y el hospital con su friso esculpido y pintado. Pero el platillo no descendía.

El banquero concibió viva inquietud.

—Messer San Miguel—replicó—, buscad bien todavía. Aún no habéis puesto en este lado de la balanza ni la pila del agua bendita de San Juan, ni el púlpito de San Andrés, donde está representado al natural el bautismo de Nuestro Señor Jesucristo. Es una obra que me ha costado muy cara.

El Arcángel puso la pila y el púlpito encima del hospital y la cúpula, pero el platillo no descendió. Nicolás Nerli comenzó á sentir su frente inundada de frío sudor.

—Messer Arcángel—preguntó—, ¿estáis seguro de que vuestras balanzas están justas?

San Miguel respondió sonriendo que, para no parecerse en nada al modelo de balanzas usado por los lombardos de París y los cambistas de Venecia, ni siquiera carecían de fiel.

—¡Pues cómo—suspiró Nicolás Nerli, sin color—cómo esa cúpula, ese púlpito, ese cubo, ese hospital con todos sus lechos no pesan más que una arista de paja ó una pluma de pájaro!

—Ya lo estáis viendo, Nicolás—dijo el Arcángel—; hasta aquí el peso de vuestras iniquidades supera en mucho á la carga ligera de vuestras buenas obras.

—Entonces voy á ir al infierno—dijo el florentino.

Y sus dientes entrechocaron de espanto.

—¡Paciencia, Nicolás Nerli!—replicó el pesador celeste—. ¡Paciencia, que aún no hemos concluido! Queda esto.

Y el bienaventurado Miguel tomó los panes negros que el rico había arrojado durante la víspera á los pobres. Los colocó en el platillo de las buenas acciones, que descendió en seguida, mientras que el otro ascendía, y los dos platillos que

daron al fiel. El balancín no se inclinaba á derecha ni á izquierda y la aguja marcaba el fiel perfecto entre ambos pesos.

El banquero no daba crédito á sus propios ojos.

El glorioso Arcángel le dijo:

—Ya lo ves, Nicolás Nerli; no vales para el cielo ni para el infierno. ¡Anda, vuelve á Florencia! Multiplica los panes que diste con tu propia mano, de noche, sin que nadie te viera, y serás salvo. Pues no basta con que el cielo se abra ante el ladrón que se arrepintió y la prostituta que lloró. La misericordia de Dios es infinita: salvará hasta un rico. Sé tú ese. Multiplica los panes, cuyo peso puedes apreciar en mis balanzas. Vete.

Nicolás Nerli despertó en su lecho, y resolvió seguir el consejo del Arcángel y multiplicar el pan de los pobres para entrar en el reino de los cielos.

Durante los tres años que pasó en la tierra después de su primera muerte, fué piadoso con los desgraciados y gran limosnero.



A Eugenio Muñiz.

V

EL ALEGRE BUFFALMACCO

Buonamico di Cristofano detto Buffalmacco pittore Fiorentino, il qual fu discepolo d' Andrea Tafi, e come uomo burlesco celebrato da Messer Giovanni Boccaccio nel suo Decamerone, fu come si sa carissimo compagno di Bruno e di Calendrino pittori ancor essi faceti e piacevoli, e come si può vedere nell'opere sue sparse per tutta Toscana, di assai buon giudizio nell'arte sua del dipingere.

(Vite de' più eccellenti pittori, da M. Giorgio Vasari.—Vita di Buonamico Buffalmacco.)

I

LAS CUCARACHAS

Durante su primera juventud, Buonamico Cristofani, florentino, apodado Buffalmacco por su alegre humor, hizo su aprendizaje en el estudio de Andrea Tafi, pintor y mosaísta. Pues bien, el Tafi era un hábil maestro. Habiendo ido á Venecia cuando Apolonio revestía de mosaicos los muros de San Marcos, sorprendió con astucia al-